

BRUEGMANN, R.. *Sprawl. A compact history.*(2005).

Fragmento. Trad. de J.Amenós.

#### X.4.- Las cuestiones sociales y el problema de la igualdad.

Muchos autores han seguido quejándose de que las regiones externas de las áreas urbanas carecen de la diversidad económica y social del centro, pese a que la población de los *suburbs* siempre ha sido muy diversa e incluso, en los años recientes, todavía ha variado y se ha entremetido mucho más. Sin embargo, lo cierto es que tanto las ciudades como los *suburbs* han estado sujetos a las mismas fuerzas. A veces, son corrientes favorables a la mezcla de pueblos de diferentes razas, origen o ingresos y, en otras ocasiones, tienden a la discriminación o a la segregación. De hecho, puede afirmarse que hay más integración racial y económica en muchos hipermercados suburbanos que en las calles del centro de la ciudad<sup>1</sup>. En cualquier caso, el habitual entusiasmo entre los académicos y en la élite social en favor de “la diversidad” descansa en la noción –que no es obvia ni está probada- de que diferentes clases de personas que viven en proximidad con otros serán más tolerantes con los demás que la gente que vive en grupos más homogéneos<sup>2</sup>.

Otro tema recurrente en muchos escritos recientes ha sido la idea de que la suburbanización en América ha provocado una especie de alienación o una decadencia del “compromiso cívico”<sup>3</sup>. Por supuesto, justamente cincuenta años atrás los sociólogos pontificaban que el centro de la ciudad causaba alienación e individualismo y que los residentes de las áreas suburbanas eran compulsivos miembros de asociaciones y voluntarios de toda índole. Es probablemente más útil observar las transformaciones que se han ido produciendo en la configuración de las tareas comunitarias y del trabajo social. Las personas extremadamente ricas siempre han tenido la capacidad de escoger su propia clase de vecindario, con la posibilidad efectiva de no tener ninguna relación con las familias cercanas. Los residentes más pobres –por ejemplo, los habitantes de los bloques de pisos de Nueva York- estaban obligados a relacionarse con sus vecinos. Sin embargo, lo cierto es que una gran parte de los ciudadanos ya disfruta actualmente de un margen de elección más amplio para establecer el entorno social en el que van a residir<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Edward Glaser, Matthew Kahn y Jordan Rappaport, “Why Do The Poor Live in Cities?” (NBER, trabajo en proceso 7636, National Bureau of Economic Research, Cambridge, MA, abril 2000); y David M. Cutler, Edward L. Glaeser y Jacob L. Vigdor, “The Rise and Decline of the American Ghetto,” *Journal of Political Economy* 107, n° 3 (1999): 455-506.

<sup>2</sup> Sobre este tema, v. Pietro S. Nivola, *Laws of the Landscape: How Policies Shape Cities in Europe and America* (Washington, DC: Brookings Institution, 1999), 9; y H. D. Forbes, *Ethnic Conflict: Commerce, Culture and the Contact Hypothesis* (New Haven, CT: Yale University Press, 1997).

<sup>3</sup> El declive del “compromiso cívico” fue el tema del famoso ensayo de Robert Putnam, luego reimpresso en *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community* (Nueva York: Simon & Schuster, 2000). Esta cuestión ha sido recuperada posteriormente por varios críticos de los *suburbs* y del *sprawl*.

<sup>4</sup> Una clásica exposición del tema de la “comunidad sin cercanía” fue articulada por Melvin M. Webber “Order in Diversity: Community without Propinquity,” en *Cities and Space*, ed. Lowdon Wingo (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1963), 25-54. Webber, uno de los urbanistas con mayor intuición y visión de futuro, amplió sus observaciones en “The Post-City Age,” *Daedalus* 99, n° 4 (otoño 1968): 1091-1110.

Otro lamento habitual contra la dispersión radica en el daño que produce al centro de la ciudad y a las minorías étnicas. De acuerdo con esta línea de argumentación, cuando los ciudadanos más ricos dejan la ciudad y se mudan a la periferia, abandonan los problemas del centro y acaban trasladando su compromiso cívico y sus aportaciones tributarias a los municipios periféricos. Los habitantes más humildes de la ciudad quedan atrapados en poblaciones sin recursos para enfrentarse con sus dificultades. Recientes y elocuentes análisis de este tipo han venido del anterior alcalde de Albuquerque David Rusk y del senador del Estado de Minnesota Myron Orfield. Ambos afirman que el remedio es el “regionalismo”. Esto es, estructuras gubernamentales y administrativas que abarquen la región por completo<sup>5</sup>.

No hay duda de que la concentración de los ciudadanos más necesitados en cualquier parte del área metropolitana trae consigo relevantes problemas sociales. Sin embargo, muchos observadores que vienen tanto de la derecha política como de la izquierda rechazan el diagnóstico que atribuye la segregación a la odiosa dispersión urbana o que el remedio aplicable sea el Gobierno regional. Observan que, en efecto, muchas áreas metropolitanas ya disponen de amplias estructuras administrativas que han asumido competencias en el marco de un acuerdo general sobre esta asunción. Por ejemplo, la distribución de agua corriente o el tratamiento de aguas residuales. Pero añaden que la idea de un gobierno regional más robusto no ha sido bien acogida porque existe poco consenso sobre la asignación de políticas públicas de mayor alcance. Por ejemplo, el establecimiento de criterios para una mayor redistribución de ingresos. Por otra parte, la proliferación de pequeños gobiernos y jurisdicciones ha hecho posible que los ciudadanos elijan el tipo de vecindario y el tipo de servicios que desean y, además, les ha dado un mayor peso en las decisiones de planeamiento que el que hubieran tenido en un gobierno regional muy amplio<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Myron W. Orfield, *Metropolitica: A Regional Agenda for Community and Stability* (Washington, DC: Brookings Institution Press, 1997) y *American Metropolitica: The New Suburban Reality* (Washington, DC: Brookings Institution Press, 2002); David Rusk, *Cities Without Suburbs*, 2º ed. (Washington, DC: Woodrow Wilson Center Press, 1995). Un compendio de trabajos sobre las enfermedades causadas por el *sprawl*, concentrándose en su supuesto papel de aumento de las desigualdades puede encontrarse en Gregory D. Squires, ed., *Urban Sprawl: Causes, Consequences and Policy Responses* (Washington, DC: Urban Institute Press, 2002). Por el contrario, otros autores han explorado los beneficios que el *sprawl* ofrece a las minorías. V. por ejemplo, Matthew Kahn, “Does Sprawl Reduce the Black/White Housing Consumption Gap?” *Housing Policy Debate* 12, nº 1 (2001): 77-86.

<sup>6</sup> Para el geógrafo Richard Morrill, los “tres pilares centrales” de la retórica *anti-sprawl* se basaban en que la densidad es buena, el transporte público es bueno y la fragmentación política es mala (“Myths about Metropolis,” en *Our Changing Cities*, ed. John Fraser Hart [Baltimore: John Hopkins University Press, 1991], I-II.). Alegaba que en las mayores administraciones regionales se produce a menudo una concentración del poder de decisión en las manos de una elite técnica. Ésta favorecería a los sistemas regionales mayores y con exigencias de inversión superiores, aunque los sistemas locales más pequeños podrían realmente servir mejor los mismos propósitos. Añade que las administraciones más pequeñas pueden dar mayores posibilidades a las minorías de hacer oír su voz en las decisiones públicas. Estamos ante una variante de la tesis clásica del economista Charles M. Tiebout, que adelantó la teoría de que una proliferación de pequeñas administraciones locales permitía a los ciudadanos mayores posibilidades de elección sobre el tipo de servicios que querían o que necesitaban (“A Pure Theory of Local Expenditures,” *Journal of Political Economy* 64 [octubre 1956]: 416-24).

Varios estudiosos han afirmado que la demostración estadística de Rusk era un artefacto numérico y no describía la realidad urbana. Dicho autor sostenía que los centros de las ciudades de carácter “elástico” –esto es, aquellos en los que era posible añadir nuevos *suburbs*- son más prósperos que las ciudades “inelásticas”. Si a una ciudad cualquiera se le computan sus *suburbs* de la noche a la mañana, parecerá más potente económicamente en las tablas estadísticas. Pero, por supuesto, la agregación no significaría nada en sí misma respecto a las vidas de los individuos de la región. Otros autores recuerdan que la memoria norteamericana sobre la experimentación con gobiernos regionales no conduce demasiado al entusiasmo. Este tipo de gobierno quizá podría satisfacer a muchos residentes de Minneapolis-Saint Paul, por ejemplo. Pero las enseñanzas de Miami-Dade County y de otras partes dejan pocas razones para el optimismo. No queda nada claro que la concentración de atribuciones en un gobierno regional produzca necesariamente más eficiencia o imparcialidad que su ejercicio en manos de muchos municipios pequeños<sup>7</sup>. Quizá la mejor crítica contra la presión de los grupos de élite a favor del regionalismo fue escrita por la famosa analista social Jane Jacobs. Como ya sabemos, no se trataba ciertamente de una partidaria del *sprawl*, pero todavía era más desconfiada respecto al gobierno y a la planificación a gran escala. En concreto, escribió que: “una región es un área decididamente mayor que cualquiera de los problemas que ahora mismo no sabemos solucionar”<sup>8</sup>.

En realidad, muchas de las cuestiones sociales y económicas más acuciantes de las áreas urbanas americanas de la actualidad no están en el centro de la ciudad – que, a menudo dispone de una base tributaria relativamente saludable- sino en los *suburbs* y, en muchas ocasiones, en los más alejados. En la región de Chicago, por ejemplo, los mapas elaborados por Myron Orfield demuestran gráficamente que su ciudad central está lejos de ser la población más pobre del área en términos de recaudación tributaria *per capita*. Además, precisamente, muchas de las zonas más empobrecidas y con una percepción *per capita* más pequeña son lugares como Ford Heights o North Chicago, que se localizan justamente en el anillo más externo de las agrupaciones suburbanas<sup>9</sup>. Muchos defensores de la planificación regional afirman ahora que debería canalizarse el dinero público de las administraciones superiores hacia el centro de las ciudades y hacia los *suburbs* interiores cercanos. Pero, evidentemente, esta política dañaría a Ford Heights. Finalmente, existe el irrefutable dato de que en algunas de las ciudades con mayor índice de *sprawl* en la periferia – por ejemplo, San Francisco- han florecido los barrios interiores y las áreas centrales. Incluso algunos de los estudiosos más críticos con la dispersión reconocen ahora que sería injusto atacar al *sprawl* como causante de la decadencia del *downtown*<sup>10</sup>.

---

<sup>7</sup> Existen argumentos sobre las virtudes de una administración pública basada en el impuesto local sobre la propiedad en William Fischel, *The Homevoter Hypothesis* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2001). Esto ha sido reflejado por diversos argumentos desde la izquierda política que pueden leerse en Richard A. Walker y Michael K. Heiman “Quite Revolution for Whom? *Annals of the Association of American Geographers* 71, n° 1 (marzo 1981): 76-83.

<sup>8</sup> Jane Jacobs, *Death and Life of Great American Cities* (Nueva York: Vintage Books, 1961), 410.

<sup>9</sup> Myron Orfield, *Chicago Regional Report: A Report to the John D. and Catherine T. MacArthur Foundation* (Minneapolis: Metropolitan Area Program, 1996).

<sup>10</sup> Anthony Downs, “Some Realities about Sprawl and Urban Decline,” *Housing Policy Debate* 10, n° 4 (1999): 955-74.

[...]